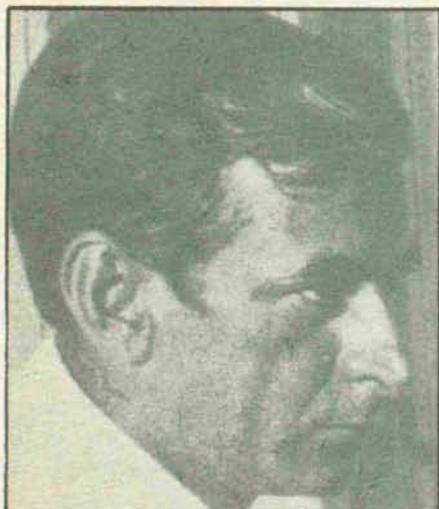


El exilio interior



Miguel Salabert.

“UN titre excellent, épantant. Vraiment une trouvaille”, me dijo Philippe Grumbach, redactor jefe de *“L’Express”*, cuando le entregué, una mañana de la primavera de 1958, ya en los estertores de la IV República, el artículo que me había pedido, con unas horas de plazo, sobre la España de Franco. El artículo se titulaba *“L’exil intérieur”* (*El exilio interior*) y se publicó esa misma semana. Yo iba más seguro del título que del artículo, porque *“L’Express”* de entonces era un semanario de mucho “peso” y porque estaba yo haciendo mis primeros pinitos escribiendo en francés y todavía no las tenía todas conmigo en el uso de las preposiciones y otros yerbajos.

He olvidado lo que decía en el artículo, pero recuerdo perfectamente que el título brotó de él como un chorro, como una imperiosa necesidad. Consciente del hallazgo que suponía la expresión, lo fui también de haber encontrado con ella el título exacto, necesario imprescindible, de la novela que, más que rondarme por el magín, andaba runruneándome por otros adentros. Sin

embargo, estaba entonces muy lejos de suponer que la expresión haría fortuna —si llego a saberlo, la patentó en Ginebra— hasta convertirse en un verdadero cliché, y mucho más lejos aún de imaginar que llegaría incluso a ser utilizada (¡cielos!) hasta por los propios franquistas, más o menos exonerados hoy por el prefijo *ex*, como, por ejemplo, Adolfo Suárez. En una de sus raras, y no por ello preciosas, intervenciones parlamentarias, Suárez se descolgó un día con eso del “exilio interior”. Cuando un Adolfo Suárez u otro cualquiera de sus congéneres emplea una expresión de cuño literario, ya puede decirse que esta se ha convertido en un lugar tan común como un urinario público, aunque de mucha menos utilidad.

Escribí la novela en Copenhague y en París, con el placer añadido de darle un corte de mangas a la censura de Gabriel Arias-Salgado. Apareció en París, en 1961, bajo el título *“L’exil intérieur”*, en traducción de Claude Couffon, quien en su prólogo la entroncó, por su cuenta y riesgo, con la novela picaresca, a pesar de la deliberada ruptura de tono y forma que divide sus partes primera y segunda. La editó Julliard, en la famosa colección de Maurice Nadeau, *“Les lettres nouvelles”*. Entre 1961 y 1964 se publicó en Estados Unidos, por Simon and Schuster, en Inglaterra, en Rumanía y en Hungría, con el mismo título en sus diferentes traducciones.

A salvo de unas páginas publicadas, en 1961, en *“Los lunes de Revolución”*, de La Habana, *“El exilio interior”* sigue inédita en castellano, lo que supongo habrá que atribuir a mis bien patentadas pereza y desidia, las mismas que han permitido a los editores extranjeros embolsarse la mayor parte

de mis derechos de autor. Cuestión sin importancia, pues yo me doy por bien pagado con que la novela gustara —al parecer bastante más que a mí— a Alejo Carpentier, a Maurice Nadeau, a Federico de Onís, a Sender y a algunos más.

Lo curioso es que el título se despegó de la novela y empezó a navegar con propulsión autónoma. Tanto que se subió en marcha a otros libros. Hace algunos años pude ver en un catálogo de una editorial francesa un libro de poemas titulado *“L’exil intérieur”*, y mucho más recientemente, hacia 1977 o 1978, la editorial de la revista *“Materiales”* publicó aquí una obra del psiquiatra francés Roland Jaccard titulada —¡adivina!— *“El exilio interior”*. Esto revela o más bien confirma dos cosas: el largo viaje semántico realizado por el sintagma y la ignorancia de muchos de nuestros editores de esa literatura española paralela o descuajada, tan rica que es la del exilio... exterior. Habría bastado al editor de marras asomarse al ya antiguo libro de Marra López sobre la novela exiliada, o a la Historia de la Literatura, de Max Aub, para ver que *“El exilio interior”* era un título ya registrado. Espero que se entere ahora.

La generosa memoria de Haro Tecglen exhumó del olvido mi vieja novela juvenil, en febrero de 1975, en *“Triunfo”*, en un artículo en el que se preguntaba por qué no se había publicado todavía aquí. No estaba todavía el horno para bollos de esa harina, ni tal vez lo esté ahora ya para novelas de esta catadura. ¿La España franquista? Una vieja, una remota historia. De eso hace ya mil años, papá. *¿Franco? Connais pas.*

Me invita Haro Tecglen a sacar ahora del desván de mi pereza y a desempolvar unos



LA RECOGIDA DE NIÑOS MENDIGOS

Asociación Social ha emprendido la recogida de niños mendigos, luchando con toda la fuerza de su magnífica y eficaz organización contra la explotación infantil. Una oficina de instituciones modernas e higienicas dirigida por un personal facultativo y docente tiene la misión de proporcionar a estos pequeños seres en una intensidad alegre y sana moral y física. El don de un niño, antes y después de su transformación, y el trabajo, son la expresión del progreso de

Esta portada de "ABC" del 9 de noviembre de 1940, refleja dramáticamente una de las realidades de la posguerra española, "la recogida de niños mendigos"...



Las Ramblas barcelonesas a principios de los 40



Las castañeras, escena típica de la España de los 40.

fragmentos de "El exilio interior", y a acompañarlos de una introducción. Es lo que voy haciendo, pero llegado a este punto, me asalta la escandalizada sospecha y con ella el egocéntrico rubor, de que voy des-caminado, pues el exilio interior no es ni una vaina literaria, ni una ya fatigada muletilla para uso de políticos o periodistas. Es, fué, una realidad histórica. Una realidad que, en sentido lato y como contrapunto a la España des-cuajada y peregrina del exilio, comprendía a la España aherrojada, cautiva y marginada en su propio territorio físico, es decir, a todos aquellos españoles que resistieron pasivamente o cuya única colaboración con el franquismo consistió en no luchar activamente contra él. En sentido más restringido, exilio interior era el repliegue individual de la conciencia a la impura subjetividad, una conciencia inconsciente de que «*los hombres no son impotentes más que cuando admiten serlo*», cuando éramos millones los que nos sentíamos, uno a uno, impotentes.

Exilio interior era constituirse en islotes dispersos, era coger el petate y acampar a extramuros de la "polis", era sumirse en la fascinante contemplación del propio ombligo o deleitarse cultivando margaritas en él, era abismarse en un curso de radio por correspondencia con la Escuela Maymó o desinfectarse con acicalados sonetos o con blasfematorios exabruptos, era comprarse un biombo y aislarse del mundo, era responder con una fuga hacia adentro a la agresión desde los muros y los periódicos de esa «*inmunda imagen que querían darnos de nosotros mismos*». Era, en una palabra, el autismo social. Todas estas actitudes subjetivas de naufrago, de sálvese quien pueda, eran, claro es, formas objetivas de colaboración. Por omisión e inhibición.

Era una época aquella, la de los primerísimos cincuenta, en la que salvo una ínfima minoría activa, la sociedad española se dividía, además de en clases muy marcadas, en dos categorías: la de los enchufados y la de los desenchufados. Los enchu-

fados eran los que leían el célebre verso de Machado así: *caminante no hay camino, se hace camino al reptar*. Los desenchufados eran los que se desconectaban, como hacen a veces los sorderas con sus aparatos cuando quieren ponerse a salvo de las tonterías o de los vanos discursos del siglo.

No todos esos muros y biombos, levantados con la ilusoria intención de poner a buen recaudo la propia dignidad y la autoestimación, eran voluntarios. Los había también impuestos por la fuerza misma de las cosas. El más alto y espeso de esos muros era el de nuestra ignorancia. Nuestra ignorancia era prodigiosa, verdaderamente enciclopédica. Nos habían robado dos generaciones de maestros —los mejores que ha habido jamás aquí—, y la España más próxima, la que teníamos más a mano, era nada menos que la de la generación del 98 o la de la metafísica polémica sobre "el ser y no ser de España" entre Américo Castro y Sánchez Albornoz.

Los oportunistas, los listos jóvenes de hoy, que así cabe



Otra visión de la España de los 40: las colas para conseguir viveres.

llamar a los que se ahorraron aquella época, difícilmente podrán comprender la situación cultural de esos años —baste decir que la literatura estaba bipolarizada por Vicky Baum y Lajos Zilahy— por mucho que pueda sorprenderles enterarse de que *"Sobre los ángeles"* o *"Marinero en tierra"*, de Rafael Alberti, corrian de tapadillo, clandestinamente, entre los más enteradillos, que eran los menos. ¡Y qué decir de Sartre, de quien acabo de entrecomillar dos citas más arriba, que de habernos llegado antes nos habría ahorrado tantos años y meandros en busca de las evidencias más accesibles y manifiestas! Tuvimos que descubrir en la práctica, mucho antes de que él nos lo dijera, que *"El desvelamiento de una situación se hace en y por la praxis que la cambia"*.

He rehuído hasta aquí, no sé si deliberada o subconscientemente, recordar la vida cotidiana de entonces. Cotidiana, lo era, cierto, ¡y de qué modo! Lo que se dice vida... No, me faltan ganas y valor para

rememorar aquí, a la evocadora luz de un candil de carburo marca Petromax, aquellos salvoconductos necesarios para ir a Avila; las cartillas de racionamiento y los purés marca San Antonio; los ayeos de Pepe Blanco; el estraperlo; la venta de colillas; Isabel la Católica y sus rutas imperiales; las dosis falangistas de aceite de ricino; las rifas de un kilo de tocino; la Niña de Fuego aquella a quien no había quien le apagara los ardores por causa de la pertinaz sequía; las puntas finolis del Pidux; los eternos noviazgos que se apollaban en los cafés; los atildados poetas que rasaban testimonialmente sus liras a lo Garcilaso y otras bucolias; el negro porvenir de recuelo que se nos leía en los pardos pesos de la achicoria; los bigotitos finos y los ¿usted sabe con quién está hablando?; los certificados de pobreza, de bautismo y de buenas costumbres; las instancias, con sus correspondientes pólizas, en las que deseábamos a los jefes *ocupantes* que Dios les guardase la vida por muchos años; la

omnipresencia del bicarbonato, estimulada por discursos, sermones y editoriales de prensa; en dos palabras, aquella inmunda, sofocante mediocridad.

Ninguna otra generación ha merecido tanto como esa el calificativo de perdida. El franquismo nos robó la juventud y, al mismo tiempo, nos prohibió la vejez. ¿Qué queda en la vejez si se la priva del derecho a la nostalgia? ¿Quién, fascistas de mierda aparte, puede sentir nostalgia por aquella época de mierda? Queda el obligado recurso, cuando nos llegue el futuro, de convertirnos en viejos verdes, que tal vez sea la única forma digna y decente de ser viejo. Con la incógnita pendiente de si para entonces los medios podrán justificar los fines. Pero eso no tiene mayor importancia. Lo que importa de verdad es que la libertad arraigue de una vez y para siempre por estos pagos, y que podamos deportar definitivamente al pasado a todos los exilios, interiores y exteriores.



Los niños de "Auxilio Social".

GASOGENO NACIONAL GASNA

PATENTADO

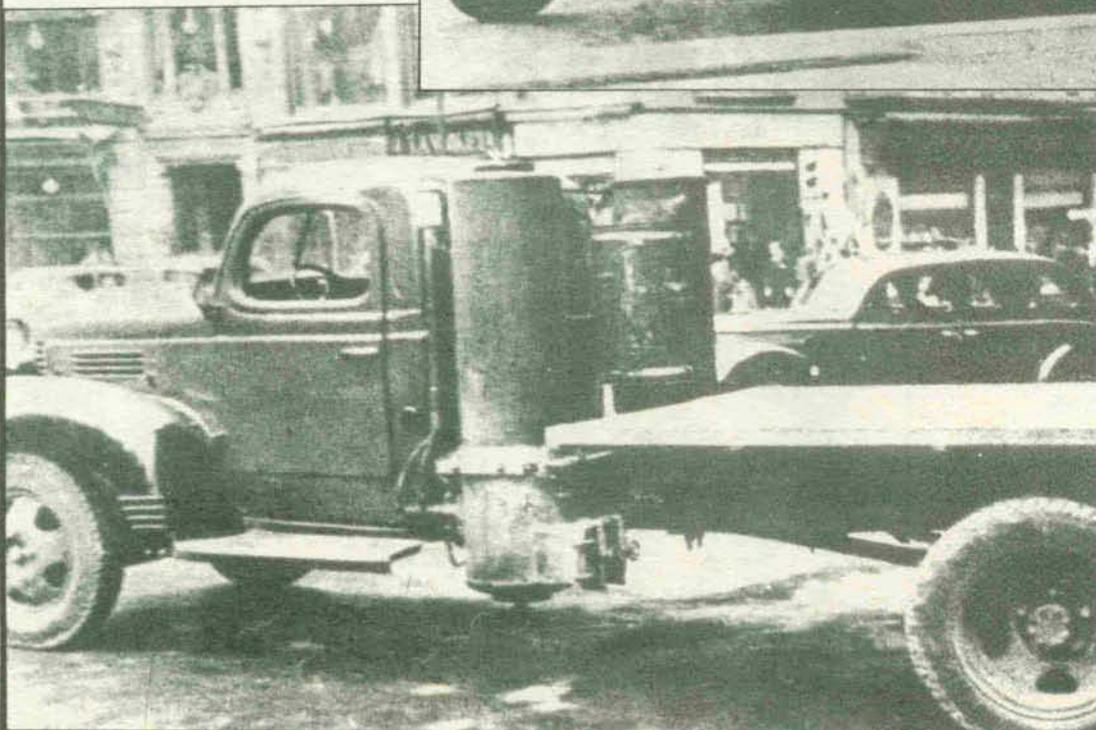
DISTRIBUCION GENERAL
PARA ESPAÑA
MADRID Alcala 86 Tel: 52616
BARCELONA Boixas 123 T 81205
ENTREGA INMEDIATA

ESTACIONES DE
SERVICIO GASNA
EN TODA ESPAÑA

*Adoptado por las
Entidades Técnicas
de España, cuyos
ingenieros lo han
reconocido como*



EL MEJOR GASOGENO EUROPEO



La carencia de materias primas dió origen a soluciones tan "originales" como los gasógenos...



Los niños, perdedores de todas las guerras.

I

Todo lo que he dejado atrás es una huida. Los hay que viven la infancia. Otros, como yo, la huyen. Pues no era exactamente un viaje al porvenir, sino una fuga. El resultado puede parecer el mismo. Sea como sea hay que tirar hacia adelante. Pero no, no es lo mismo.

Esto lo he comprendido más tarde. Aquel día —quizá hace ya tres, quizá haga cuatro años— creía estar aún andándolo hacia mi cita inaplazable con el porvenir. He corrido tras él como el galgo en pos de la liebre en el canódromo. Sólo que al galgo no le dejan descubrir que la liebre es falsa.

Once años caben en un segundo. Mi entrada en la Facultad aquella mañana de Octubre estaba precedido de once años vividos en un desafío permanente. Once años de soledad en el esfuerzo. Los otros entraban "de la mano de

Vendedoras de agua
en la
Plaza Mayor
de Madrid.





Las gentes, "bien" tomando el aperitivo en la calle madrileña de Serrano.

papá". Yo me conducía a mí mismo. Había una cierta embriaguez en repetírmelo. Y una emoción de víspera. Me confortaba pensar que salía de la soledad para integrarme a un medio. Me ilusionaba pensar que en él tal vez encontraría alguien en quien depositar esta palabra difícil: amigo.

¡La universidad! Sonaba alto eso. Yo era universitario. Cuando niño se me había declarado exento de porvenir. He aquí que yo me lo había ganado. Yo me preguntaba si la emoción del primero que puso el pie en América podía compararse a la mía. ¡La universidad!

Entré así en la Facultad. Todo esto, a la distancia, se llama ingenuidad. Me hace sonreír ahora. Y sin embargo, mi ingenuidad cohabitaba con una desconfianza subterránea. Pues había una sospechosa intensidad. La desconfianza se cuela de contrabando, se esconde en la intensidad, como el hombre que, atemorizado, cruza un bosque nocturno y acalla el miedo cantando.

Quizá hace ya tres años, quizá haga ya cuatro... y sin embargo me pilla mucho más

lejos. Ahora que me he excluido, ahora que he enviado al diablo a la universidad, me parece enormemente lejana aquella mañana de Octubre, tan desvaída en el recuerdo como el sol que la ocupa.

Mi decepción no se deja escribir. Habría que biografiarla "al ralenti", asediar estrechamente al tiempo. Y aún se escaparía "el aire". No se puede enjaular el aire en palabras. La indignación no se deja escribir. Sacadla del grito, de la maldición, de la blasfemia, y se quedará en cueros, avergonzada, indecisa, boquiabierta. Y ocurre que he perdido ya hasta el grito.

¿De dónde sacan todos estos cretinos ese orgullo de ser universitarios? Universitarios ¿de qué Universidad? ¿Qué Universidad era esa en la que un profesor de filosofía tenía que interrumpir un curso sobre el pensamiento de Jaspers, por la protesta conminatoria de un obispo imbécil?

¿Qué Universidad es esta que da asilo en sus aulas a ese tipo que patatea contra el materialismo rociándonos de frases chabacanas, y a toda esta "cul-

tura" rancia que apesta a sotana? Y a ese otro energúmeno que apostrofa desde su cátedra a los protestantes: "¡esos chupabiblias!"... ¿Qué hace este tipo aquí? ¿Qué hago yo aquí? ¿Es esto esa universidad a la que yo soñaba llegar?

—¡Santa ira! ¡Santa ignorancia! ¿Le oís? Aún queda ingenuidad en este mundo. ¿De dónde sale este varón virtuoso, este nuevo Catón? ¿Acaba de llegar del extranjero? ¿O nos cae de un planeta perdido para traernos una lección de humanismo? ¿No será el salvaje anunciado por Huxley para inquietarnos en nuestro mundo feliz? Rafael, examina su anatomía para ver si es normal...

Me contemplaban irónicamente, fingiendo un maravillado asombro. Finalmente, el llamado Rafael, un tipo feo con ferocidad, emitió su diagnóstico:

—Bah! Apesta normalidad. Lo único interesante en él es su curiosidad. Un tipo que pregunta estas cosas no se ve todos los días. Esto vale unos vasos.

—¿Tú crees que vale la pena iniciarle?

—Eh! ¿Qué os pasa? Bajad-



Penitentes en las procesiones, otra escena característica de los años cuarenta.

me un poquito ese tono. Yo he salido de otro cascarón que vosotros. Eso es todo. Vosotros os creéis que estais de vuelta, ¿no?

—¿De vuelta? No. La ida no valía la pena.

—Nosotros estamos de lado. En la orilla.

El tercer tipo, que había permanecido silencioso hasta entonces, habló con un tono normal.

—¿Dónde has hecho bachillerato?

—En ningún sitio. He estudiado solo y me he examinado siempre por libre. Os he dicho que vengo de otro cascarón.

—Ah! Eso explica todo.

—Pero, al fin y al cabo, has

estudiado en los textos oficiales. Más o menos, debías estar al corriente, saber en qué país vives.

—Sí, respondí. En una “democracia orgánica” en la que todo lo que no es obligatorio está prohibido. No sé quien dijo esta frase un alemán, me parece.

—Hum! ¿De acuerdo en que “ser español es lo mejor que se puede ser”?

Yo iba entrando en el juego.

—Oh, eso es un pleonismo.

—España es una “unidad grande y libre de destino en lo universal”, ¿sí o no?

—¿Por qué no, si suena bien?

—“Contra los intelectuales, somos actuales”, ¿de acuerdo?

—Si pudiera comprender lo que quiere decir eso...

—Ninguna importancia. Todas estas frases están hechas no para ser comprendidas, sino para todo lo contrario, para impedir pensar. Y bien, este rápido exámen ratifica mi asombro. ¿Qué es lo que puede asombrarte aquí?

—Yo creía que al menos la universidad habría escapado en algo a la quema... Yo creía que la función de la universidad era el respeto a la verdad.

Rafael rompió a reír. Usaba una risa desagradable.

—¿Oís? ¡La verdad! Aquí los profesores se limpian el culo con la verdad. Higiénica actividad mal pagada, además.

—¡Es indignante!

—Indignante... ¿Qué quiere decir eso? Al fin y al cabo, poner los cuernos a la verdad por escepticismo no es un delito mayor, ¿eh?

—Haría falta saber qué es la verdad.

—Digamos, repuse, que todas las tentativas de aproximación merecen ser estudiadas con objetividad...

Se echaron a reír escandalosamente, los muy cabrones.

Rafael dijo:

—Hay una verdad oficial, establecida “sub especie aeternitatis”. Esta verdad queda resumida en el tomismo y su sucursal: el neo tomismo. Esta verdad es la que se nos enseña aquí.

—¿Tú no sabías que la cultura es un film del far-west? Hay los buenos (los escolásticos, los idealistas) y los malos (los materialistas). El combate acaba siempre en un “happy end”. ¿Qué culpa tienen nuestros queridos profesores de que una tradición moral bien establecida exija que ganen siempre los buenos? No hay que darle vueltas. Al final de todo antagonismo, el gordinflón de Santo Tomás acaba siempre casándose —por la iglesia— naturalmente con la rubia verdad.

—Pero ¿creéis que son sinceros, al menos? quiero decir, ¿si

su enseñanza corresponde a sus convicciones?

—Son consecuentes. Para ganar una cátedra hay que firmar antes una confesión de adhesión al Régimen. Profesar luego principios opuestos sería una traición.

A Rafael le bailó de nuevo la extraña sonrisa que atormentaba su rostro:

—Hay una grandeza indiscutible, casi hegeliana, —su voz se dobló de ironía— en proferir traicionarse a sí mismo que traicionar al Estado. El Estado está por encima del individuo, ¿no?

—Y naturalmente, además de su adhesión al Régimen deben aceptar el estatuto de la Universidad. Carlos, tú que te lo sabes de memoria, con un soniquete de colegial.

—“Según la ley del 29 de Julio de 1943 sobre ordenación de la Universidad española... Bla-bla... Vivíamos momentos de crisis y ruina en que si la educación intelectual estaba desquiciada, habían sucumbido también en manos de la libertad de cátedra la educación moral y religiosa.

—¡Viva Dios! —gritó Rafael.

Un movimiento de miradas se convengió en él.

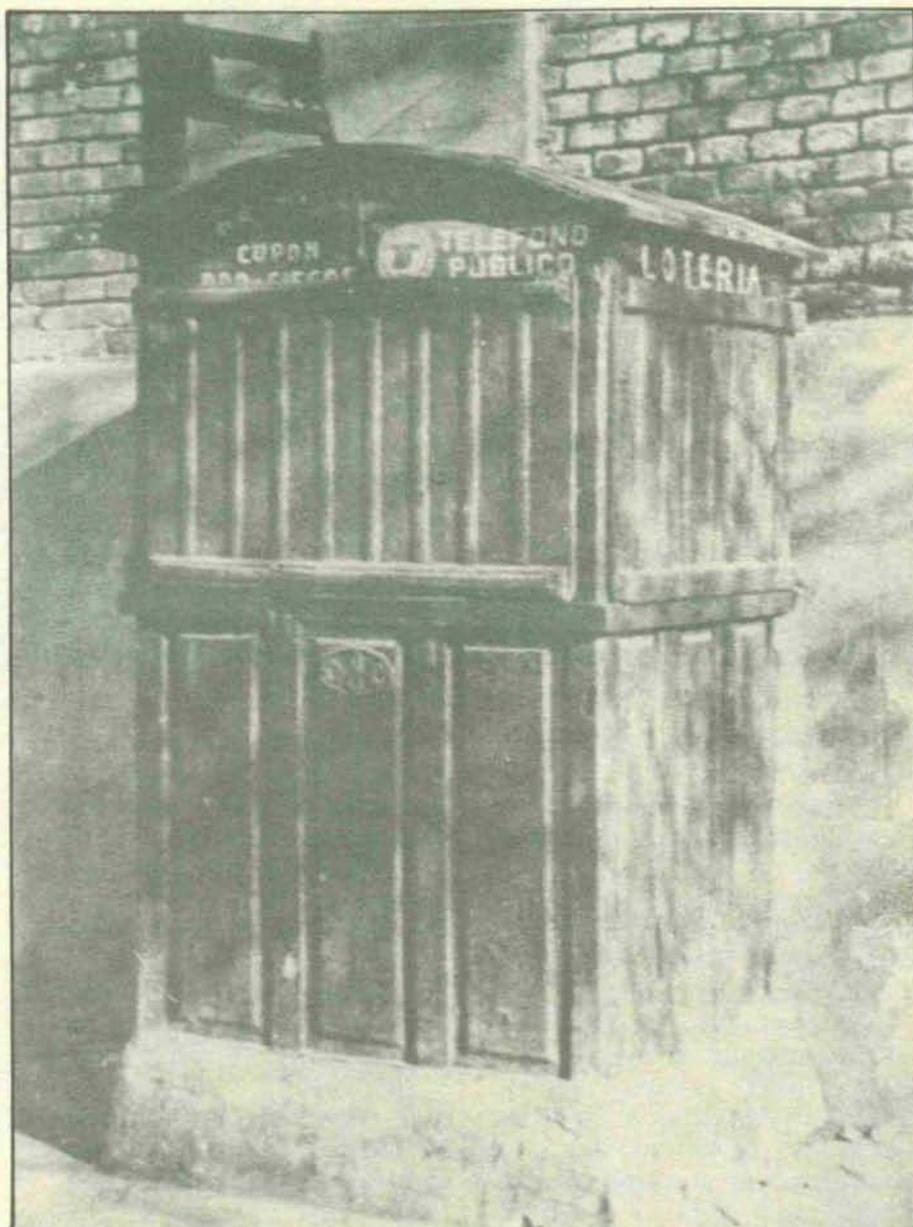
—...“Un clima pernicioso de liberalismo pedagógico... El patriotismo, ahogado por la corriente extranjerizante, laica...”

—¡Viva Cartagena! —gritó de nuevo Rafael.

—«La ley, además de reconocer los derechos docentes de la Iglesia en materia universitaria, quiere ante todo que la universidad sea católica. Todas sus actividades —la voz de Carlos subrayó el texto— tendrán como guía suprema el dogma y la moral cristianos y lo establecido por los sagrados cánones respecto a la enseñanza».

—¡Viva la hostia!

—«...Es imprescindible para una auténtica educación el ambiente de piedad que contribuya a fomentar la formación espiritual en todos los actos de la vida del estudiante... La ley



Una garita para la venta de lotería, el cupón pro-ciegos y el teléfono público, todo un símbolo de los años del hambre.

exige el fiel servicio de la Universidad a los ideales de la Falange... La exaltación de los valores hispánicos... Mantener siempre vivo y tenso en el alma de la Universidad el aliento de la auténtica España...». Uf! Esto va a costarme tres tintos. Es mi tarifa.

—Desconocías esto, ¿verdad? Pues bien, ahora ya sabes donde estás.

—En la auténtica España.

—¡Oh, luz de Trento!

—¡Oh, martillo de herejes!

—¡Oh, cuna de héroes y santos!

—¡Centinela de Europa!

—Amén.

Así es como les conocí. Poco

a poco me uní a ellos. Nunca salían del “bar”. Se les pasaba la mañana bebiendo vino y hablando de todo en un tono cínico y burlón.

—Hay que hacer algo con el ocio, ¿sabes?

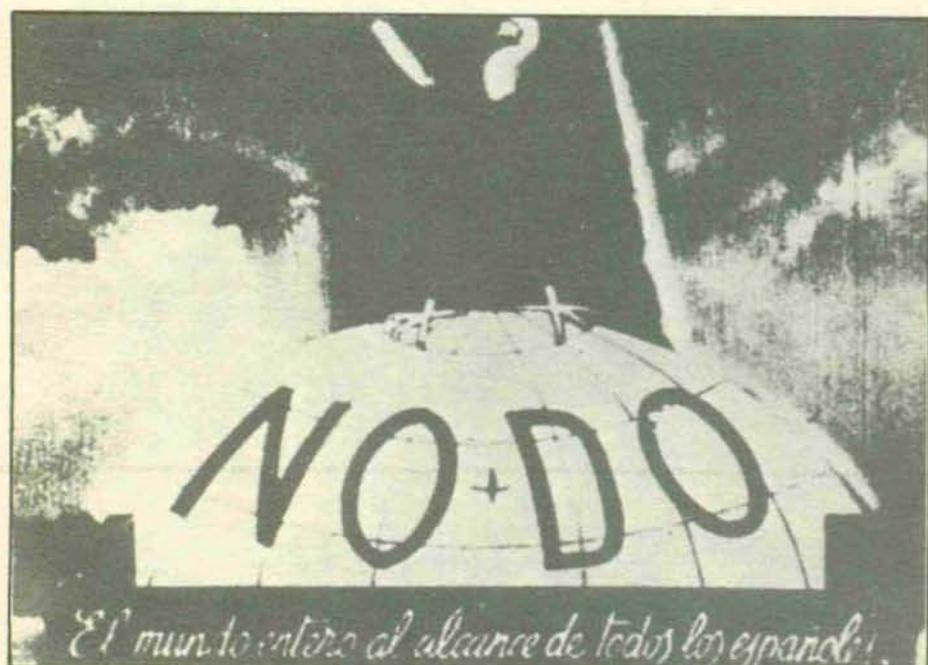
—Yo conozco un tipo que suele hacer interminables discursos para predicar el silencio como única actitud coherente.

Carlos rió.

—Pero nosotros somos enormemente coherentes. No hablamos, croamos.

—¿Croáis?

—Sí. Aquí el tiempo se ha estancado. Esto es una enorme charca putrefacta. Habitantes de una charca, ¿qué otra cosa



"El mundo entero al alcance de todos los españoles"

más coherente que convertirse en ranas?

—¡Qué megalómano! En renacuajos, Carlos, corrigió Rafael.

—Afortunadamente, dijo Joaquín, el hombre tiene a su disposición la facultad de adaptarse al medio.

—Es formidable la vitalidad del instinto de conservación, dijo Carlos. Se es capaz de convertirse en renacuajos, en amebas, antes que de diñarla. Y te encuentras aún con tipos que te dicen que no se puede vivir sin principios. ¡Qué estupidez! Está demostrado que para vivir basta con estar vivo. Eso y la inercia hacen un hombre. Aquí estamos. Y mirad todos esos.

Una compacta muchedumbre de palabras se movía en el aire. El "bar" de la facultad estaba siempre lleno entre clase y clase.

—¿Los veis? Están viviendo su vida. ¿Por qué no van a vivir su vida? En el fondo, ¿qué es lo que pasa? Nada. No pasa absolutamente nada. Se buscan un rinconcito en la charca. Un título universitario, unas oposiciones y una silla segura pegada al trasero para toda la vida. Sí, la mayoría de todos estos, llegado el momento, se añadirán. Nosotros nos hemos ausentado ya del porvenir.

Fuí conociendo poco a poco a esta mayoría. Vivía en el esquema trazado por Carlos indiferentes al resto.

«Al fin y al cabo, no hay que exagerar. Aquí se puede vivir. Mientras no metas la nariz en política...».

«Al fin y al cabo, no se puede pedir grandes cosas a la vida».

«Al fin y al cabo, hay que vivir, ¿no?»

Y para vivir, hay que ejercer la técnica del compromiso: la ignorancia, la indiferencia, el conformismo.

«Al fin y al cabo, no hay más remedio que adaptarse. ¿Para qué rebelarse? Lo único que se consigue es envenenarse la sangre».

Yo lo conseguí. Me envenenaba la sangre.

—¿Qué se puede hacer? Hay que hacer algo. No podemos quedarnos con los brazos cruzados.

Carlos reía.

—Cuando se vive en una charca inmóvil, no se puede nadar contra la corriente.

—Habría que inventar antes la corriente, dijo Joaquín, con su lógica y displicencia habituales

—Pues eso es precisamente lo que hay que hacer, crear la corriente.

—¡Qué juventud tan alboro-

tada usas! gruñó Carlos. Nos fatigas.

—Menos mal que la juventud es efímera, intervino Rafael, sin dejar de dibujar.

—Pero ¿cómo se puede vivir así? ¿No os sentís en medio de una pesadilla? ¿Dónde acaba aquí la ficción y empieza la realidad?

Carlos alzó su vaso en un gesto distraído.

—La ficción es un estado de hecho. Ergo, la ficción es la realidad.

—Lo que da a la realidad, dijo Joaquín, el derecho a la viceversa.

—Y a la viceversa, el de la versavice, encadenó Rafael, sin alzar los ojos de su dibujo.

—Yo te diré lo único que se puede hacer, —dijo Carlos— lo único que vale la pena: desarrollar nuestra capacidad de repugnancia al máximo, para estar a la altura de los tiempos y de... nosotros mismos.

Rafael se anticipó a Joaquín que parecía querer decir algo.

—Yo estoy por el retorno al mono. Ha llegado el momento de sacar billete de vuelta. Claro es que este programa encontrará la oposición de los conservadores y de los progresistas. Y sin embargo, yo no conozco un objetivo más revolucionario que el que yo propongo: el regreso al mono. Revolucionario, sí. La etimología viene en mi ayuda. Yo no veo otra salida al hombre que el regreso al mono. Sí, por más vueltas que le doy... Mirad mi dibujo. ¿Qué os parece?

Un cristo en la cruz. Un cristo con el cuerpo terriblemente distorsionado, retorcido trabajado por el dolor hasta el tuétano. Pero el rostro denunciaba un placer intensísimo, como sacudido por un poderoso orgasmo.

—¿Os asombra? Era un masoquista.

XII

Su mirada recorría despaciosamente el cuarto de estar, se



El autor de "Exilio interior", durante la posguerra.

detenia en cada objeto, como si ensayara la lenta posesión de las cosas, o bien como si buscara su sitio entre ellas. Primer movimiento hacia la costumbre, primer gesto de penetración en la nueva atmósfera a la que debía acogerse, como un extranjero que caminara a tientas sus primeros pasos por el nuevo país. Retorno a lo desconocido. Regresado. Sus manos temblaban, cargadas de caricias urgentes, contenidas para retardar el contacto.

Un silencio denso, casi táctil. Había vivido tantos años la espera de aquellos minutos, que ahora no le parecían presentes, reales. ¿Intentaba expulsar de sí la memoria para vivirlos virginalmente?

Su mirada se clausuró tras los párpados, por unos segundos. Sus manos agarraron fuertemente el frutero, desde siempre injustificable sobre el aparador, como si exigiera del objeto la prueba irrefutable de la realidad. Sus manos se aflojaron, resbalaron, infinitamente lentas, y palparon torpemente el mueble, como un ciego en busca del eco de la evidencia. El tiempo se concentraba en el tacto. Ocho años insustituibles.

—¿Recuerdas?

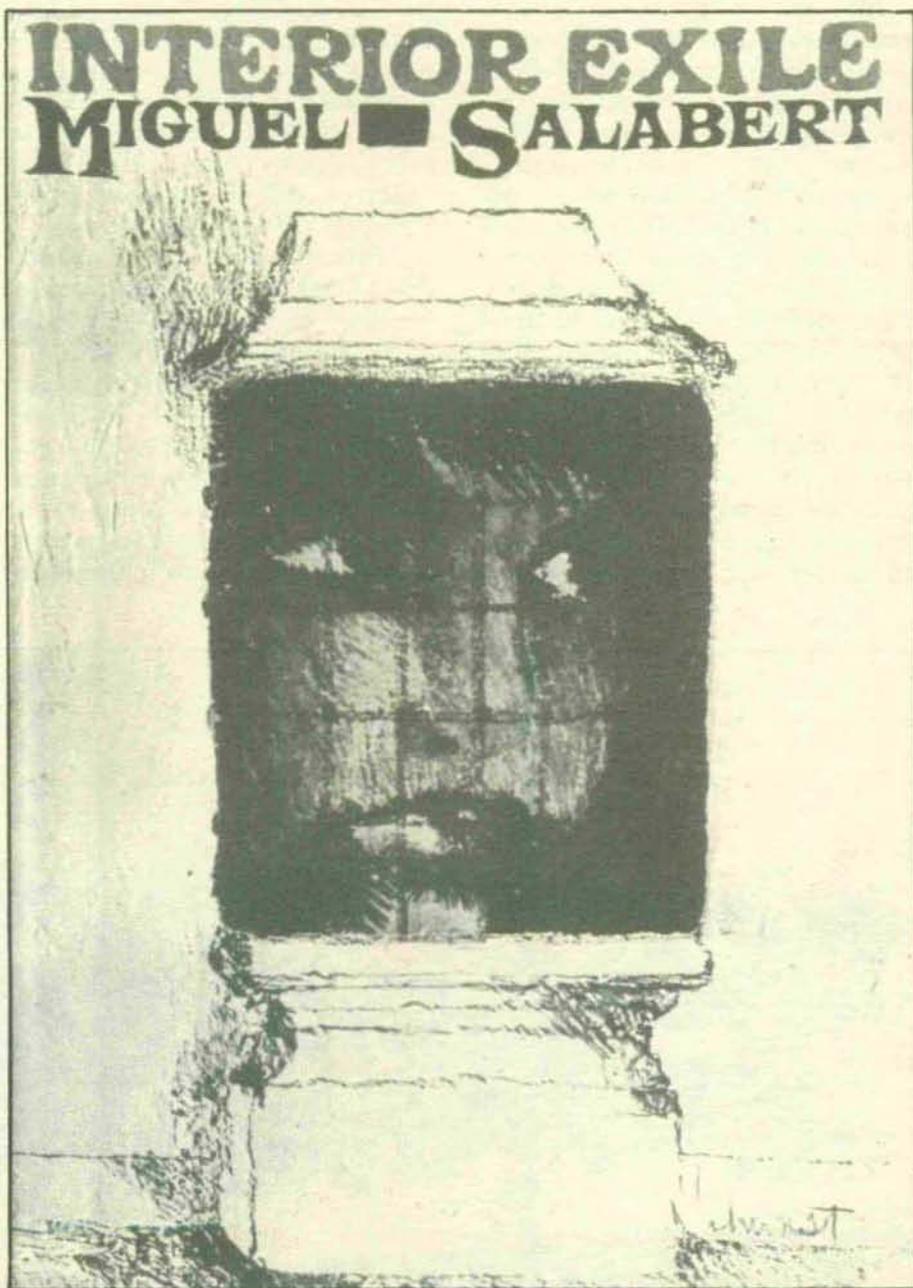
Ella le señalaba la horrible figurita de porcelana. Una sonrisa furtiva denunció el reconocimiento. Un gesto como para

espantarse el recuerdo. La memoria le hacía daño. Aquella estatuilla le llevaba demasiado atrás. Había que saltar ocho años. Su mirada huyó de la estatuilla, como abrasada, y recorrió las paredes. El reloj. El calendario. Los dos habían medido el tiempo. Un tiempo extranjero, un tiempo que había caminado otros caminos, un tiempo del que él había vivido exiliado. Nos miró, sobresaltado, como asombrado de encontrarnos contemporáneos.

Con paso vacilante se dirigió hacia el sillón. Se sentó, tímidamente.

Los brazos caídos, desmayados hasta las manos en las que los dedos traducían su emoción, nos miraba, como buscándonos más allá, más atrás de nosotros.

Ella parecía abandonarse a la silla en que estaba sentada, como fundiéndose con ella, estática, descansando de un largo cansancio. Vivía así los primeros minutos de la liberación de sus hombros. Andrea permanecía tranquila. Como siempre, era la única que se sentía cómoda en el silencio. Yo, sumido en una expectación casi frenética, casi intolerable. ¡Qué sobresalto ante su voz!



Portada de la edición inglesa de "Exilio Interior".

—Pero ¿cuándo va a llegar Emilio?

—Siempre viene tarde. El hace ya su vida.

Y de nuevo el silencio.

Había que hacer algo con el silencio. Había que poblarlo de palabras.

Era urgente recuperar el tiempo. Un padre caído como un aerolito, un padre recién nacido para su hijo, que le mira fijamente. El se defendía aún de la palabra, anclaba su angustia al silencio, se atrincheraba en él. Tenía que hacernos caminar su ausencia, llevarnos de la mano por ella para, al final del viaje, encontrarnos.

Su voz acometió súbita y rabiosamente el pasado. Luego, poco a poco, se fué apagando hasta hacerse monótona, impersonal, despegada, en un *yo* "conjugado" en tercera persona, un "yo" desvalido que no encontraba sus cimientos, un "yo" casi huérfano de humanidad. Memoria alucinante de los tres hombres golpeándole brutalmente. El dolor explotando el cuerpo hasta sus últimas posibilidades. Cada golpe avanzaba hasta el cerebro como una llamarada enloquecida para descargar en el grito. El grito en carne viva del hombre torturado. La precisión de los

golpes, su sabiduría anatómica. Golpes cargados de experiencia, bien entrenados en el desprecio del hombre. No había nada que justificara estos golpes. Pues no descargaban la cólera, no transportaban el odio. Sólo el desprecio. Por eso lo que hacía daño no eran tanto los golpes como las sonrisas de los verdugos.

Una semana de tortura diaria. El cuerpo ya inerte, ya enloquecido. La carne en jirones, el alma devastada. Hasta la sonriente confesión de los verdugos. Todo había sido inútil. Los seis hombres habían sido encontrados y fusilados. ¿Inútil? ¿Qué sabían ellos del hombre? Su silencio inexpugnable había alzado la fraternidad y afirmado al hombre. Aquellos hombres no habían muerto solos. Esta fraternidad, estas muertes, daban testimonio del hombre ante los bárbaros.

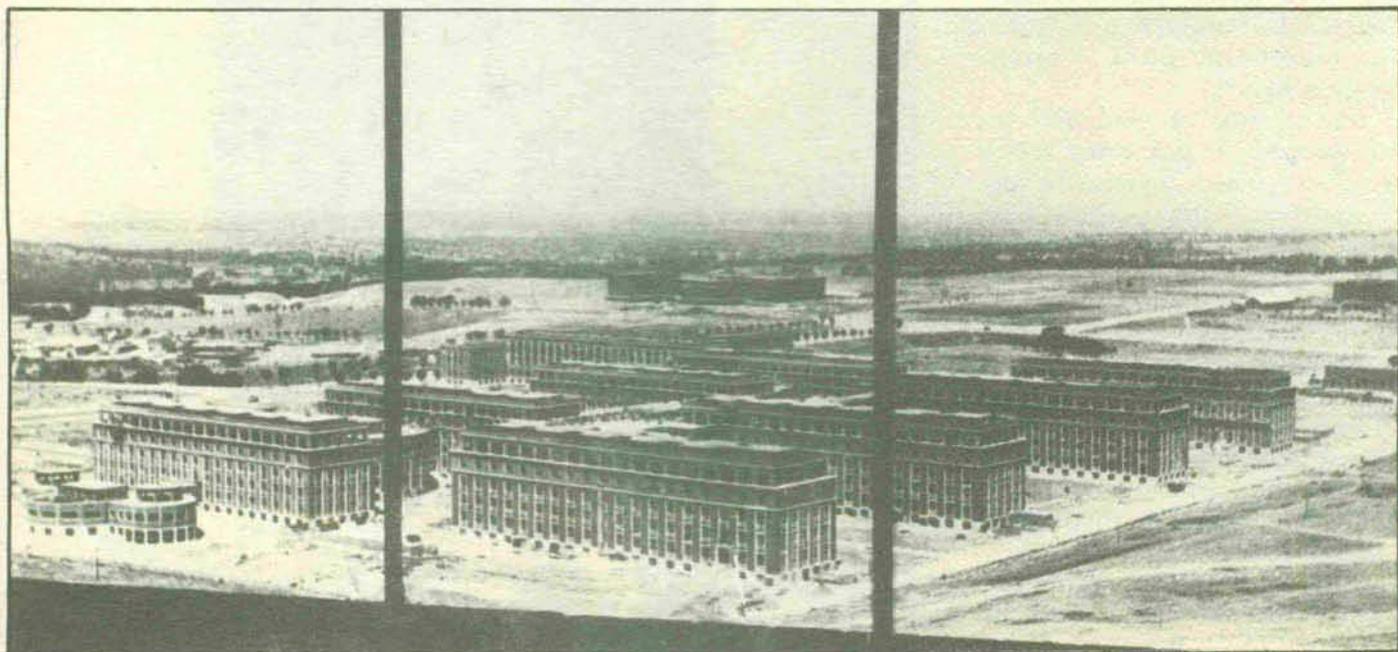
Millares de hombres reducidos al instinto de conservación. Millares de hombres sometidos a un hambre cuidadosamente racionada, dosificada, enloquecedora. Millares de hombres muriéndose de hambre a racimos y facilitando así la agotadora tarea de los piquetes de ejecución. Millares de hombres con el alma muerta y el cuerpo

enfermo arrastrando penosamente lo que aún les quedaba de vida, los últimos restos. El hombre viviendo alrededor de su estómago, su centro de gravedad. Inútiles los esfuerzos del cerebro por evadirse.

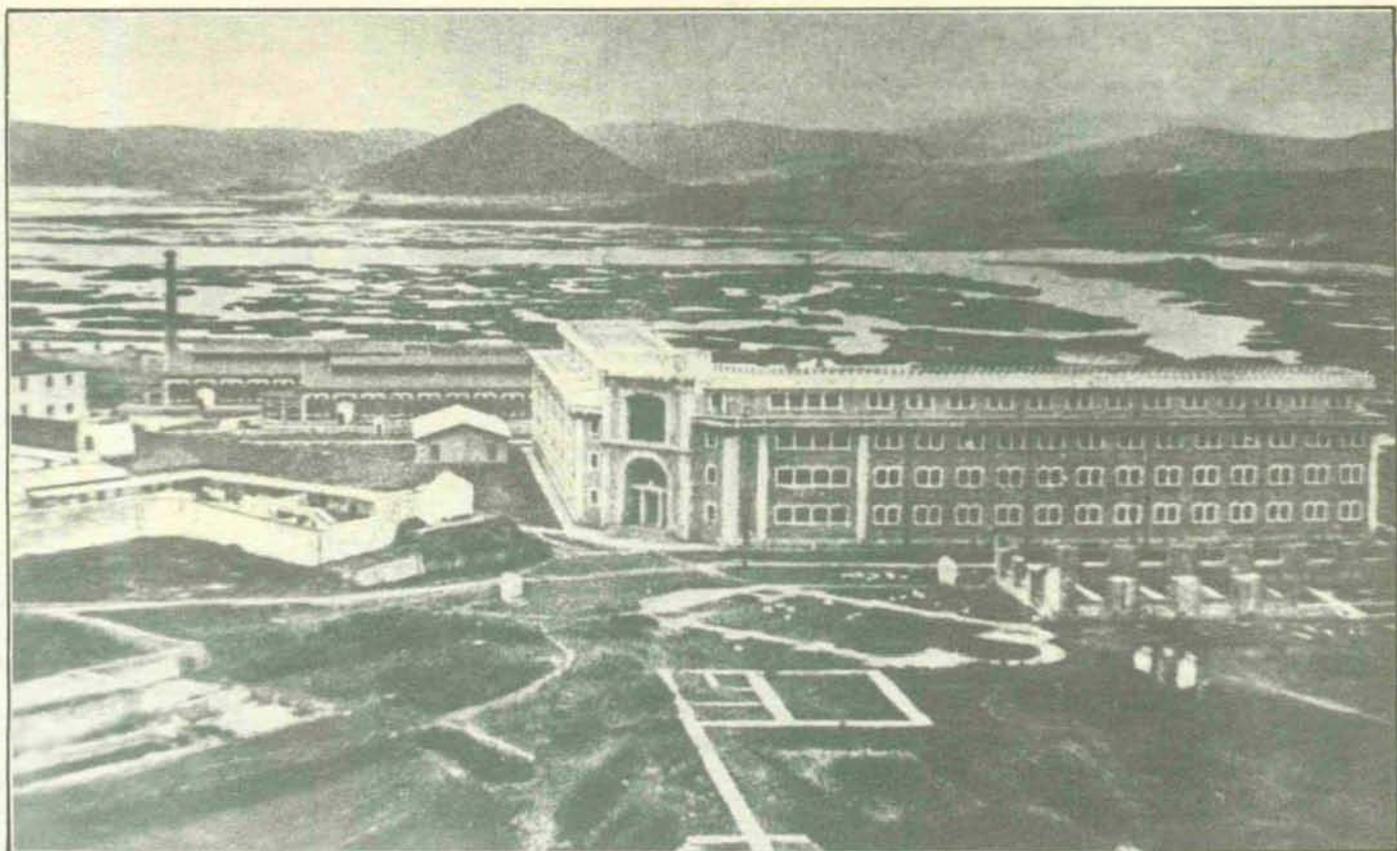
Diez hombres han decidido la huelga de hambre, del hambre absoluta como protesta contra el hambre envilecedora. Fusilados ante todos por su intolerable conducta. El hambre voluntaria no entra en juego. El hombre no existe. Toda tentativa de asumir libremente cualquier acto es un atentado al orden nuevo, el orden del desprecio.

Habrà que irse acostumbrando al orden nuevo. Primera lección: el individuo no tiene más valor que una bala. El centinela es recompensado por su celo con siete días de vacaciones. Pero hay tipos que ni tan siquiera valen una triste bala. En el patio, un falangista ha matado a porrazos a un hombre que ha tentado, de palabra, a su dignidad. El falangista, profundamente persuadido de que "el hombre es portador de valores eternos", no podía tolerar tal insolencia y expidió al imprudente a la eternidad.

No es suficiente. Hay que



La Ciudad Universitaria en 1936; la Facultad de Medicina y Farmacia, desde el Hospital Clínico.



El Penal del Dueso.

arrodillarlos, humillarlos hasta la última raíz de ellos mismos. ¡Qué hermoso cuadro estos millares de hombres cantando los himnos fascistas! ¡Ay de quien se niegue a cantar los himnos del orden nuevo!

¿Qué hace ese hombre que sale de las filas? Su testamento. Un grito: "¡Muera el fascismo!". Los verdugos no comprenden. ¡Cambiar la vida por un grito! Absurdo. El tipo es sin duda un intelectual. Esta vez, los verdugos están inmunizados contra toda remota posibilidad de remordimiento. Se trata de un suicidio, es evidente. De un suicidio tanto más estúpido cuanto que el tipo habría escapado probablemente con unos años de cárcel. La situación es clara. La obligación de un suicida es morir, la de un verdugo, matar. Los verdugos no comprendían que el grito de aquel hombre incomprensible significaba su voluntad de renunciar a la vida para no renunciar a sí mismo, puesto que la vida y el hombre son incompatibles en el orden nuevo.

Vuelta a la tortura. Se quiere arrancarle confesiones de crímenes sobre los que poder realizar la parodia de un juicio. Un rojo sin crímenes no es rojo. De nuevo el cuerpo recorre su calvario. ¿Para qué? A efectos finales, era igual declarar haber cometido los crímenes que ellos necesitaban. Pero para él había una pequeña diferencia. Acceder a sus deseos, aunque sólo fuera por ahorrarse la tortura, significaba convertirse de víctima en cómplice.

A efectos finales fué igual. Quince minutos para condenar a muerte a dieciocho hombres en bloque. El tribunal representó con toda seriedad su papel. El creía asistir a una comedia, a un guiñol grotesco. Al final, sus manos rompieron a aplaudir. Pero sus aplausos provocaron la cólera del tribunal. Extraños actores. Demasiado modestos.

Condenado a muerte. La expresión es extraña. El hombre que condena a muerte a otro ¿alberga la ilusión de quedar él excluido, exento? Condenar a muerte a un hombre es

robarle su muerte, quitarle el derecho de morir por sus propios medios. Nada más personal, nada más íntimo que la muerte.

El compañero de celda que se ha ahorcado ha creído morir así de su propia muerte, morir de y por sí mismo. Pero es un error. No ha querido confesarse que su suicidio le venía de fuera, que no se suicidaba sino que *le* suicidaban. Nunca se suicida nadie en primera persona. No se puede decir "yo me suicido". Me suicidan. Es así.

Y era esta muerte extranjera la que venía al alba, la "saca" anunciada por la campanilla del cura. La campanilla sonaba con una alegría impertinente. El cura, funcionario del asesinato, traía la palabra del Cristo en la boca. El cura hablaba de la muerte a los condenados, con una escrupulosa precisión de detalles, anticipándoles los gestos que harían, el mecanismo del miedo... Los sacramentos eran las mejores muletas para vadear el fugaz segundo entre el más acá y el más allá. A pesar de todo, no se podía descartar

Redención

*Un ensayo penitenciar-
rio, único en el mundo,
debido a la iniciativa
del Caudillo*

Los presos tienen su periódico y hacen su periódico, bajo la dirección del Patronato Central de Redención de Penas. Presos son los redactores, los correspondientes informativos, los correspondientes administrativos y los repartidores. Lo dirige el vocal de Propaganda de dicho Patronato.

Esta sola obra es una prueba de la eficiencia y generalidad del nuevo sistema penitenciario español, pues *Redención*—verdadera rareza hemerográfica—es el primer periódico del mundo hecho en estas condiciones, y está despertando la curiosidad y la atención de las instituciones penitenciarias del Extranjero.

El reclamo de Prisiones, por una elemental exigencia de disciplina de todas las prisiones del mundo, impedia la entrada de Pravia en las cárceles. Pero el Patronato de Redención de Penas ha querido evitar que el preso viviera ausente de la historia actual de su Patria y aun de los mismos acontecimientos del Extranjero, y quiso, sobre todo, que llegaran a los reclusos ideas que tal vez desconocían y consuelo en las horas más oscuras de tedio y soledad espirituales.



El vocal de Prensa del Patronato Central de Redención de Penas por el Trabajo, don José María Sánchez de Muntain, acompañado del director de la prisión, don Amancio Tomás

o tentador de todo lo que le interesa al preso en materia de legislación y de redención de penas, es un instrumento de difusión cultural a cargo de los mismos reclusos, es un consuelo, con sus acertijos, chistes y caricaturas, de los ratos de soledad, y es también un instrumento de formación individual en el orden religioso y patriótico.

Obra de Paz del Caudillo

El Caudillo dijo en sus declaraciones de Euzko de 1938:

... Para los presos reclusos fundaremos *Pravia* (periódico), crearemos entidades escolares, dispondremos una propaganda noble y digna, *Redención*, revista de esa propaganda, respaldada, pues, al pensamiento nacionalista de reconquista espiritual de España, y es, originalmente, una obra suya.

Una bella coincidencia después que cuando en el momento de provincias lanzaba los primeros ejemplares del primer número, el claro de la Radio Nacional mezclaba su alegre sonido con el rumor posterior de las máquinas, anunciando el Parte de la Paz. Era la mañana del día 1 de Abril de 1939, y *Redención* aparecía con un título a toda plana, diciendo: «Yo quiero ser el Caudillo de todos.»

La Redacción

Transponemos los rastros de la Prisión de Porlier. Su director, señor Tomás, ha pegado en las paredes bellas máximas morales y patrióticas. A un lado de preso, bajo con tachas al cuello al asesino y la robador. Venos junto a la cocina un grupo de presos que pela patatas, sus trabajos los van sacando a relucir en la pena.

Arriba, en el comedor preso, hay un cartel que se puede leer y al lado, en las paredes de la cocina, un grupo de presos que pela patatas, sus trabajos los van sacando a relucir en la pena.



Porque en este orden, como en tantos otros, la mejor manera de amar bien a España es conocerla bien.

Todo eso se ha logrado en quebrantar la disciplina, dando, por el contrario, a esta un suplemento precioso de adhesión interior.

Vi un cartel, ni una Gaceta oficial

Redención, el semanario de los presos y de sus familias, no es un cartel de propaganda, ni tampoco una revista de propaganda. Es un semanario informativo y honrado, de los principales acontecimientos del mundo, y un portavoz de los ensayos y mejoras debidos a los mismos reclusos, que vive de estímulo y gana en todas las prisiones, es un

Dibujo hecho por un recluso y dedicado a nuestra Revista



Un domingo por la mañana en la cárcel de Porlier.

la posibilidad de que la infinita misericordia divina se extendiera incluso a los rojos. ¡Ah, incomprensible que esta gente no quiera ir al cielo! Estos hombres que han luchado para poder vivir, para vivir una vida habitable, no quieren morir. El cura no comprendía. Los guardianes tampoco. Cuando el condenado se echaba a llorar, le decían: "Hay que morir como un hombre". Ellos no sabían que lo humano es tener mie-

do, no querer morir más que de su propia muerte. El día no es una promesa, una luz para caminarla. Es la amenaza, es el alba escoltada por la campanilla y el coro de fusiles.

Ocho, doce, quince hombres, quince muertes diarias. Eclipse del mundo. Y en los que quedn, la terrible fatiga de resucitar otra vez a la espera, a estos segundos que enhebran la angustia de vivir desviviéndose. La angustia de auscultar cada

segundo, de apoyar toda la vida en cada minuto. Angustia hasta no saber si lo que se quiere es prolongar la vida o precipitar la muerte. Los hay que gritan pidiendo que se les deje vivir y los que reclaman la muerte, más impacientes por librarse de la angustia que de la vida.

Los días van pasando, tensos como cables. Por su celda, los hombres pasan y se van. El continúa. Es uno de los veteranos de la galería. Pero continuar es una manera de decir. Para él se ha detenido ya el tiempo. La vida y la muerte le son ya extrañas, una y otra le son igualmente inútiles e incomprensibles, una y otra desaparecerán juntas, definitivamente en unos segundos. Ilusión la de creer matar en él a un hombre. No matarán más que una indiferencia cansada a la que el corazón presta aún sus latidos por pura costumbre. Testigo de sí mismo y de los otros. De Pablo, el hercúleo campesino que por encima de todo quería aprender a leer y que cuando le sacaron de la celda se obstinó en gritar: "¿Por qué... Por qué... Por qué?" ¿Quién podía responder a su pregunta? Uno de los guardianes le dijo: "no seas curioso, hombre", tal vez para vencer el malestar provocado por tan indiscreta pregunta. Testigo de Hernández, el humorista, el hombre que confesaba haberse acostumbrado a morir pero no a madrugar. A lo que añadía que era una broma de mal gusto matar a un hombre a las seis de la mañana. «Una hora tan imposible, escribió al director de la prisión, que yo no la conozco sino por referencias. Pues yo soy un hombre de buenas costumbres y no he madrugado jamás. Quisiera no tener que cambiar mis costumbres en el último momento, a malas horas, mangas verdes. A las seis de la mañana me es absolutamente imposible hacer nada, ni tan solo morirme. A esa hora no fusilarán en mí más que mi subconsciente. Por ello, me permito rogar de la reconocida bondad de usted, señor

director, cuya vida guarde Dios muchos años, que ordene me fusilen a mediodía. Si, me haría realmente feliz que me fusilaran a mediodía.

A Hernández no le perdonaron el madrugón. El director tenía un espíritu equitativo que le hacía rechazar todo privilegio. A pesar de todo, el "subconsciente" de Hernández salió de la celda bromeando. Uno de los guardianes rió y le palmeó amistosamente la espalda, como a un camarada con el que se sale a beber un vaso a la taberna de la esquina.

Testigo de Juan. De Juan que no se resignaba a irse de la vida sin haberla vivido Juan no podía creer en su muerte. Todos los días esperaba la conmutación de su condena con una seguridad tal, con una fé tan inamovible, que la hacía compartir a todo el mundo. A tres milímetros de las balas, todavía su fé debió agarrarse a la vida como una lapa, a la esperanza de que su bala fuese vegetariana. Pues en verdad, era imposible morir cuando se tenía veinte años, cuando la mirada estaba aún hambrienta de luz, cuando se creía aún que la vida debía estar hecha para algo. Sí, parecía imposible ese cuerpo vaciado, el brutal frenazo de un corazón abierto de par en par al porvenir, tanta vida impetuosa abortada. Un cuerpo joven, poderoso, con la vida en huelga y las últimas células esquiroleas prolongando los últimos ecos del asombro...

Testigo de tantos, de tantos hombres desfilando con los rostros descompuestos.

Y un día, la noticia que no le llegó a Juan, la de la conmutación de su pena de muerte por la de reclusión a treinta años y un día. Acababa de nacer, le dijeron sus camaradas. Nacer ¿a qué? Estaba ya tan bien alojado en la indiferencia... Había que acostumbrarse otra vez a la vida, cuando ya ésta estaba anestesiada en él, habría que habitar de nuevo el tiempo al que él se había sustraído ya. Se le permitía vivir un futuro. Por



Una publicación de la época, alentada por la revista "Redención".

el momento, este era treinta años y un día de prisión. Con un poco de constancia lograría salir valetudinario. Pero vivo. Cualquier condenado a muerte habría acogido con alegría este futuro, la reclusión a perpetuidad. Todos aquellos hombres habían combatido por la libertad, habían ido al combate dispuestos a morir por la libertad. Y estos mismos hombres escogieron sin dudar ni un segundo la reclusión a perpetuidad por salvar su vida. ¿Paradójico? No. Era la muerte extranjera lo que ellos rechazaban. Los que habían muerto combatiendo habían *hecho* su muerte. Esta sí era una muerte habitable.

Treinta años y un día de prisión. Diez mil novecientos cincuenta días. Muchos se morían indisciplinadamente antes de acabar su condena.

El preso normal vive de la esperanza. Para ellos no había esperanza. Sólo al final de la guerra mundial. Tras aplastar al fascismo en Europa, iban a rematarlo en España. Era una cuestión de días. La esperanza les alborotó el corazón a todos. La guerra civil no había terminado. Su sacrificio no había sido inútil. Ellos habían sido los primeros en combatir al fascismo. No podían ser abando-

nados. Era imposible. Dice usted que Truman no...?

Vamos, hombre! Recuperaron el uso de la alegría. Vivían en la ansiedad, en la impaciencia en vísperas del triunfo. Pero, incomprensiblemente, el tiempo fué pasando. La última cabeza de la hidra seguía asomado, temerosa, en la última charca de Europa. Primero fué el asombro, luego la cólera. Traicionados otra vez. Millares de hombres enjaulados y los que se habían echado a la montaña, escupieron a los vencedores.

Y de nuevo fué la muerte en el alma, la desesperación cotidiana. Las puertas de la cárcel no daban a la libertad. Todo el país era una cárcel inmensa. Pero había que descender de las grandes palabras. Libertad allí era la calle, lo que se escapaba a las miserias de la cárcel. La libertad era la "libertad vigilada" con la que iban saliendo algunos de los condenados por "adhesión a la rebelión militar" como cínicamente escribían los rebeldes. Aquella libertad por la que se había ido al frente había degenerado en esta miserable libertad entre comillas.

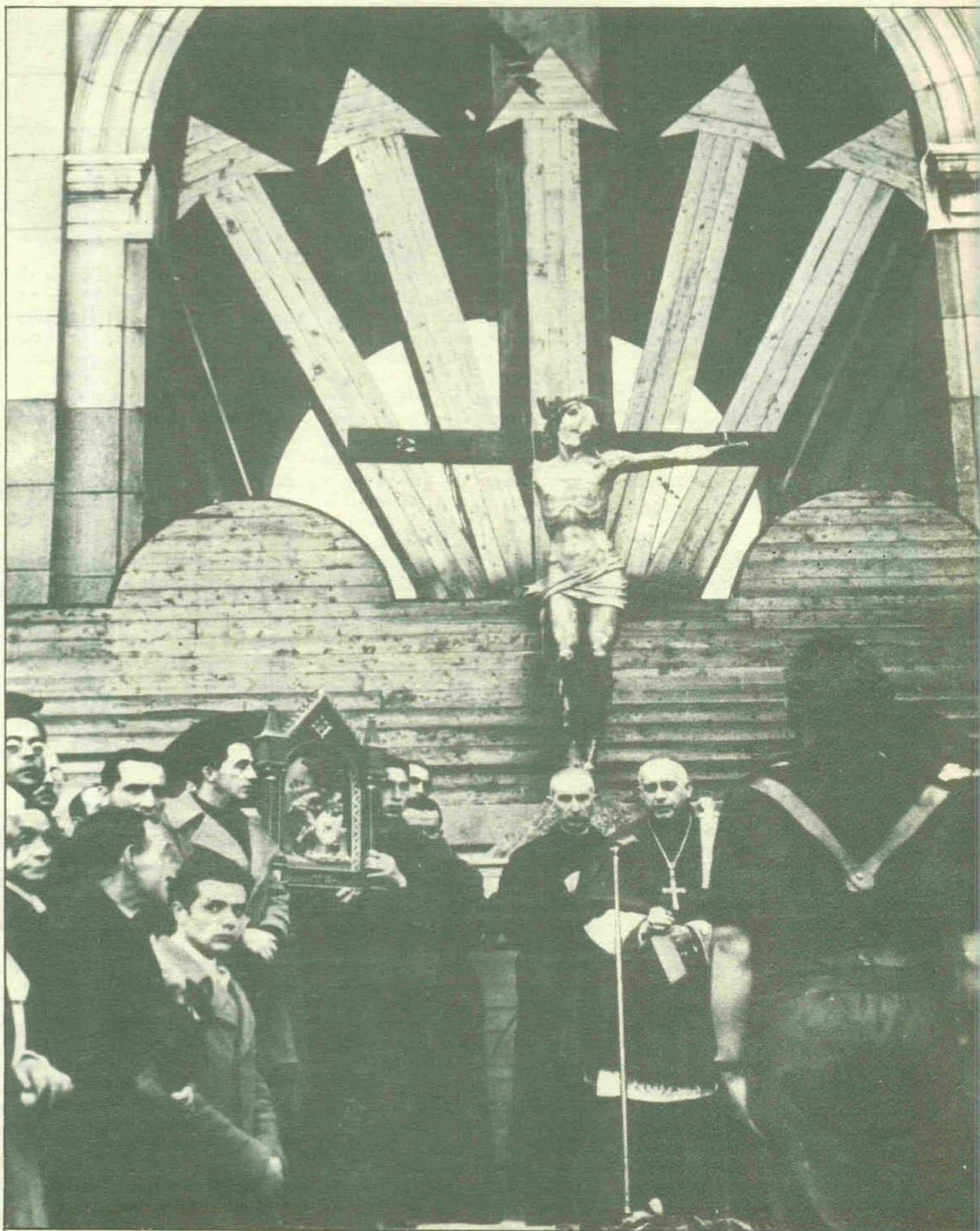
No, decididamente, ocho años no se dejaban contar. Ocho años... Se decía en un segundo. Pero si se les desmenuzaba minuto a minuto, el tiempo se escapaba a cualquier calendario de vida ordenada y buenas costumbres. Serían precisos otros ocho años para contarlos, y por el momento se iba haciendo hora de irse a dormir.

Sus últimas palabras se desmayaron en una sonrisa borrosa.

Ella suspiró y dijo: «Hay que olvidar esta pesadilla. Para empezar a vivir, para que todo sea como antes».

Andrea, los ojos cuajados de lágrimas, asentía.

El se encogió de hombros. Su mirada se detuvo en mis puños cerrados y luego en mi rostro contraído. Se vió continuado en mis puños cerrados y nuestras miradas declararon el encuentro. ■ M. S.



Escena de la semana santa madrileña, tras la victoria de las tropas de Franco.